

EL LARGO BRAZO

Cuando entró a la Corte todas las miradas se dirigieron a ella. Se trataba de una persona de aproximadamente unos setenta años, de pelo cano y con unas facciones que denotaban gran sufrimiento, a pesar que sus ojos tenían una especie de rebeldía. En ningún caso demostraba abatimiento o pesar; al contrario, tendía a enderezar la espalda, lo que la hacía verse más alta. Salió de una sala lateral acompañada de dos funcionarios de la Corte y tomó asiento en el lugar reservado para los acusados.

-¡Todos de pie! -dijo el ujier-, cuando entró el juez Harnecker. El magistrado miró la sala que se encontraba llena de público. Dirigió su vista hacia la acusada, el fiscal y el abogado defensor. ¡En el nombre de Dios se procede a la vista de la causa! – Dijo el juez-, procediendo a sentarse. -¡Señor fiscal, tenga la amabilidad de exponer los cargos! – agregó el magistrado.

Desde una de las mesas laterales el fiscal Keller se acercó al estrado y mirando al jurado comenzó su exposición.

-Su Señoría, la acusada, señora Marien Folk Dusch, de setenta años, domiciliada en el pueblo de Lundesch, viuda, dedicada a la artesanía, el día de los hechos, diecinueve de febrero del año en curso, se encontraba en su casa del pueblo indicado. Siendo aproximadamente la una de la madrugada, ingresó a su hogar un sujeto, de unos cuarenta y cuatro años, extranjero, llamado Carlos Ramírez Pezoa, el que procedió a intimidar a la inculpada con una pistola calibre cuarenta y cinco. La acusada se encontraba sentada en

su mecedora, cubierta sus piernas con una frazada y no se levantó de su silla cuando entró la víctima. Este procedió a saciar su apetito y su sed. Mientras devoraba los alimentos, se entabló una conversación que duró cerca de tres horas. Transcurrido este tiempo, la amenazó con su pistola, diciéndole que debía matarla. En ese instante la procesada sacó un revolver que tenía debajo de su frazada y le descerrajó un tiro que hizo blanco en la parte superior izquierda del tórax de la víctima. Enseguida, se levantó de su mecedora y le vació el cargador que contenía ocho balas, impactándolo en diversas partes del cuerpo y produciéndose la muerte inmediata de Carlos Ramírez Pezoa. Se acompañan como prueba A y B, ambas armas. A continuación la señora Folk se dirigió al puesto de policía del pueblo y dio cuenta del homicidio. Agrego Su Señoría y para el conocimiento de los señores del jurado, que el arma que portaba Ramírez no fue disparada en ese momento, pero sí tenía cuatro casquetes desocupados, proyectiles que fueron usados, según los informes de peritos, tres días antes. La acusada ha reconocido íntegramente su crimen y esta acusación no cuenta con testigos presenciales, puesto que no había otras personas en la casa, salvo la acusada y el occiso. Y agregó el fiscal Keller –eso es todo Su Señoría.

-Señora Marien Folk –dijo el magistrado- ¿se declara culpable o inocente?

-Inocente señor juez –dijo la mujer.

-Señor abogado defensor –agregó el magistrado,- dirigiendo su vista hacia el abogado Frank Elder- ¿le ha comunicado a su cliente que el declararse inocente puede ocasionarle mayores perjuicios que si reconoce su culpabilidad?

-Su Señoría, mi defendida es inocente de los cargos y así lo probaremos –dijo el abogado Elder.

La acusada observaba con atención a los abogados, tratando de entender las deliberaciones jurídicas. Sus ojos sin perder esa mirada de rebeldía, se entrecerraron más aún y se podría decir que en sus labios se dibujó una especie de sonrisa. Paseó su mirada por el público y sólo pestañeó cuando un reportero disparó su flash para tomarle una foto. Pasado ese instante, ladeó su cabeza hacia el lado izquierdo de la sala donde se encontraba el jurado y uno por uno sintieron sobre su rostro la penetrante mirada de la señora Folk. Algunos bajaron la cabeza y otros permanecieron impasibles. Daban la impresión que no sentían mayor aprecio por la anciana a pesar de su edad. Estaban ahí porque la sociedad los había nombrado y algunos denotaban aburrimiento en sus semblantes, como si quisieran abandonar lo más pronto posible esa carga obligatoria que les imponía la justicia. Muchos, quizás, querían que todo el proceso terminara pronto.

-Puede comenzar, señor fiscal –expresó el juez Karnecker.

-Su Señoría, cito a declarar a la señora Marien Folk Dusch –dijo el fiscal-, procediendo a cerrar su chaqueta y arreglándose la corbata al pasar, con un aire de seguridad y suficiencia, propio de todos los fiscales, identificándose plenamente con su cargo.

Keller había tenido una noche muy mala. Estuvo discutiendo con su mujer por problemas económicos y eso había hecho que durmiera intranquilo. Quería acabar pronto este caso para volver a su casa a dormir y regresar en la tarde a trabajar. A pesar de ello, se sabía capaz y siempre tomaba los asuntos con mucho profesionalismo. Ya se le quitaría el sueño, pensó. Sabía que comenzando a interrogar se olvidaría de todos sus

problemas y haría todos los esfuerzos para que se condenara a la acusada. Esa era su labor y no renegaba de ella. Miró a su contendor, el abogado Elder, e inflando el cuerpo se lanzó a la carga dando la espalda al público e inclinándose para intimidar a la señora Folk, comenzó a interrogarla.

-Dígame su nombre señora.

-Marien Folk Dusch –dijo la acusada.

-Edad por favor.

-Setenta años señor.

-Lugar de nacimiento.

-Lundesch.

-¿Cuánto tiempo que vive en ese pueblo?

-Desde que nací señor fiscal.

-¿A que edad se casó?

-A los veinticinco años.

-¿Su marido vive o está muerto?

-Murió.

-¿De que vive usted señora Folk?

-Tejo cosas de artesanía y las vendo a los turistas que pasan por el pueblo. Además, tengo una pensión de viudez que me dejó Fritz, mi marido.

-¿Podría usted decir que tiene un buen pasar?

-No me quejo –y poniendo una cara de que tonteras pregunta este tipo, agregó –pero no podría decir que soy rica, además que gasto mucho en remedios. Antes tenía más gastos y me gustaría tenerlos ahora, pero ya no es posible. Es una lástima que mis ingresos hayan aumentado por

la reducción de gastos, pero soy fuerte y puedo sobreponerme a eso – terminó

Harnecker puso cara de no entender mucho y sacando una mano de su bolsillo, dirigió el dedo índice hacia la cara de la señora Folk.

-¿Disparó por debajo de la frazada?

Ella miró el dedo y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. El dedo le pareció sucio, negro y se le asemejó al cañón de una pistola que le apuntaba directamente al rostro. Ya había pasado por una situación así y dio gracias a Dios de haber salido bien. No pensó que dentro de su cuerpo existiría tanta valentía. ¿Sería el odio o sólo el temor de abandonar este mundo sin hacer justicia? Lo volvió a pensar y llegó a la conclusión de que se necesita mucho más valor para estar ahí que cuando estaba sentada en su silla mecedora. Esto era mucho más frío e impersonal y la situación hasta le pareció ridícula, e incluso, pensó, que ya no tenía nada que perder y que si le ocurría lo peor, ello ya había pasado días atrás. En fin, sólo contestando lo que le preguntaban y contestándolo bien, creía que podía tener una oportunidad. Ni ese fiscal metido en el pellejo de todos los fiscales del mundo podía atemorizarla. ¿Qué sabía ese sujeto lo que era enfrentar la muerte y salir de ese enfrentamiento indemne? Recordó lo horrorosa que fue la guerra y todo lo que sufrió. Pero aquello era distinto. Nadie sabía cuando le podía llegar la muerte, todo dependía del piloto del avión que pulsaba el botón y mandaba su carga al vacío. Nunca una bomba cayó por equivocación en el pueblo. Siempre iban destinadas a la fábrica de armamentos que se encontraba a unos cincuenta kilómetros de ahí. Una sola vez uno de esos malditos pilotos se equivocó y la bomba cayó en un puente que estaba a unos trescientos metros de su casa. El puente saltó en pedazos y una de

sus barandas se metió por la ventana de la cocina, destruyendo un mueble y parte de la loza. Quizás el más perjudicado fue el gato que a partir de ese momento sólo tuvo visión en un solo ojo. Una astilla se lo voló. Eso fue lo más cerca que estuvo de la muerte. Lo de ahora, una cercanía que se sentía hasta en el aliento. Se impregnó la habitación con el olor a muerte que iba de su atacante hacia ella, regresando luego donde éste. Al final se quedó donde su agresor. -¡Que bueno! pensó-, que no fui yo la que quedó botada en el suelo, revolcándose en el charco de sangre. Todavía lo recordaba y podía describir perfectamente la forma en que sale la sangre cuando el cuerpo es perforado por una bala calibre treinta y ocho. Sus ojos volvieron a adquirir ese tinte de rebeldía, cuando sintió una voz lejana y áspera.

-Señora Marien. ¿Me escuchó lo que le pregunté?

-Perdón. Me podría repetir la pregunta –dijo la señora Marien poniendo una cara rayana en el estupor.

-Le pregunté si había disparado desde debajo de la frazada.

-Si, efectivamente, disparé desde debajo de la frazada –dijo la señora Folk- tratando de concentrarse nuevamente en sus pensamientos. El fiscal se lo impidió al hacerle violentamente una nueva pregunta.

-¿Cuándo había escondido usted el revolver entre sus piernas?

-Lo tuve ahí durante tres noches, desde la hora en que comenzaba a oscurecer y hasta el amanecer. No dormía de noche. Solamente me acostaba por las mañanas cuando el día aclaraba; así fue durante tres noches, pues sabía que vendría. Tenía el presentimiento de que así ocurriría. No me equivoqué. Doy gracias a Dios de no haber hecho lo contrario. Tres largas noches que dieron su fruto.

Los miembros del jurado manifestaron asombro al escuchar esta confesión. Se removieron inquietos y en su cara podía leerse el veredicto de culpabilidad. Un murmullo recorrió la sala de audiencias, lo que obligó al juez Harnecker a tomar su martillo y pegar dos veces en su estrado para que la gente guardara silencio.

-Señor juez –dijo el abogado Elder- quisiera que la declaración de mi defendida sea tomada en el contexto de una declaración general y no como una parcial deposición, pues induciría a error a los señores del jurado; me gustaría que Su Señoría les advierta a los señores del jurado que deben escuchar atentamente todas las declaraciones sin sacar conclusiones apresuradas de una parte de ellas -. Elder hizo esta observación al advertir en aquellas personas la condena anticipada.

-Miembros del jurado –dijo Harnecker – deben estimar esta declaración no como una agravante que los induzca a formar su juicio de culpabilidad, sino que deben considerar que dicha deposición, en cierta forma, es una apreciación subjetiva de la acusada, que en nada modifica los hechos del proceso, únicos antecedentes valederos para poder resolver en la forma más justa posible.

-Usted ha dicho que no se acostó en tres noches, esperando a la víctima –dijo Keller a la señora Marien – es decir, premeditó el crimen con mucha anticipación..., ¿Sabía usted a quién debía matar?

La señora Folk miró a su abogado como pidiéndole autorización para hablar. Elder hizo un movimiento con la cabeza y la indujo a contestar. Sabía que más adelante esto reventaría como un globo que golpearía directamente a la cara de Keller y mientras más pronto reventara, mejor.

La señora Marien pareció entender el mensaje y se dispuso a contestar.

-Sabía que tenía que matar a un sujeto que muy pronto debía incursionar en mi casa..., era lo lógico, pues mi hogar se encuentra a los pies de la montaña. Mi casa es la más alejada del pueblo y la de único acceso para alguien que baje del cerro. Sabía que tenía que recurrir a mí, pues las demás casas están retiradas de su ruta y, además, implicaban mayor peligro para su seguridad. Estaba en lo cierto cuando pensé que tendría hambre y sed y que, ofreciéndole mayor seguridad para su integridad, al ver una luz, dirigiría sus pasos hacia mí. Había mucha efervescencia en el pueblo por esos días y eso era peligroso para él. Lo sabía ya que seguramente observó el pueblo desde las alturas. Además, ya conocía la casa y las informaciones que trajo le permitieron determinar que una anciana de setenta años no entraña mayor peligro si aplicaba al pie de la letra las enseñanzas que había recibido. Todo era cuestión de lógica, la de él y la mía y a su pesar, triunfó la lógica aplicada por la experiencia de los años que la lógica del entrenamiento. Más aún, el hambre y la sed, a la edad de Ramírez, es más fuerte que la que yo pueda sentir a mis años y eso hace que se desprecie el talento de los viejos que he podido comprobar que me sobra.

-¿Talento para matar señora Folk?

-No señor Keller, talento para reprimir la lógica de la destrucción; la destrucción sin lógica; la destrucción por destrucción y el talento aplicado a hacer desaparecer, o al menos acortar, el largo brazo de la soberbia y la impunidad –dijo Marien –apoyando sus palabras con un gesto enérgico de su mano que todo el mundo entendió. Abrió la

palma de la mano y la dejó caer en la cubierta de su escritorio con fuerza y violencia. Tanto el jurado como los abogados y el público creyeron ver debajo de esa palma una cucaracha. Hasta sintieron cuando su caparazón crujió al sentirse aplastada y vieron la mano de la señora Folk manchada con la sangre de ese bicho asqueroso. Pero no, sólo fue una ilusión. Hasta el fiscal Keller se miró el traje, creyendo que se había manchado y haciendo una mueca de asco, continuó el interrogatorio.

-¿No fue posible evitar la comisión del delito?

-Imposible evitarlo; no quise evitarlo y me preparé para que ocurriera. El destino de ese hombre lo tenía en mi mano, pues el largo brazo de la soberbia y la impunidad debían ser mutilados para siempre.

Marien se percató que había usado dos veces esa frase, “el largo brazo de la soberbia y la impunidad”. Le gustó la combinación de palabras y el impacto que producían en la audiencia. Nunca imaginó que dicha frase tenía tal fuerza. Tampoco pasó por su mente que ese brazo fuera tan largo, sino hasta que los acontecimientos se desencadenaron.

-¿Podría usted decir, señora Folk, que actuó en defensa propia? – dijo Keller.

En ese momento el Fiscal se dio cuenta que la pregunta era peligrosa, pues existía la evidencia de que la víctima estaba armada, aunque no constaba, fehacientemente, que hubiera pretendido matarla. Sólo se contaba con lo dicho por ella y eso era fácil de destruir, más aún, si el arma de Ramírez no había sido disparada. Sin embargo, cuando ya tenía la pregunta formulada se dijo que era

estúpido preguntar aquello, pues la contestación era obvia. Ella lo afirmaría, obligándolo a cambiar su estrategia. Por eso, cuando escuchó la respuesta, no pudo evitar que su boca se abriera en un gesto de sorpresa, devolviéndole la confianza en sí mismo, Pero algo dentro de sí, quizás los años de experiencia en la profesión, le indicaron que no era un motivo para estar contento, pues era necesario preocuparse de esta señora que cada vez respondía cosas más ininteligibles. Se propuso ser más agresivo y olvidarse que esa anciana podía ser su madre.

-Si se entiende como legítima defensa aquello, de que te mato para que no me mates, entonces no –dijo la señora Folk, y agregó, -no me importaba perder la vida, ni tampoco me estaba defendiendo de nada, sólo atacando, porque el destino me puso a ese individuo frente a mí y al que con tantas ansias esperé por tres noches; quiso el Señor que yo fuera la ejecutora de sus designios. Me pudo esquivar, pero pudo más en él lo prosaico de una comida y un beber, que el cumplimiento de sus deberes que no apruebo ni celebro, pero deberes al fin. Todos los tenemos, pero lo único que debemos calificar es si son buenos o malos y al no hacer esa calificación ese sujeto se expuso imprudentemente al daño, menospreciando los años y el conocimiento de la naturaleza humana.

La señora Folk dio un suspiro, tomó aire y continuó.

-No señor Fiscal, de nada me defendí; sabía que cuando dijo que debía matarme lo haría sin temblarle la mano; pero no fue por eso que atacé, pues mi vida, a estas alturas, tiene menos valor que la de él o la de otros. Ataqué sus errados principios y los destruí, poniendo los míos por encima de los suyos. Ya tenía mucho sufrimiento para que

me pusiera a pensar en defender mi vida; si no fui capaz de defender antes, lo máspreciado para mí, en ese momento no quería evitarme un mal, sino que, responder a la agresión como él lo había hecho cuatro días antes.

-¿Ya la había atacado antes? - preguntó Keller.

-Sí –dijo la señora Folk- consiguió su objetivo rompiéndome el alma que es más valiosa que este cansado y viejo cuerpo.

Keller se acomodó la corbata y volvió a sentirse inquieto. ¡Maldita sea! – se dijo. ¡Ahora entramos al plano de lo esotérico! ¿Por qué esta señora no habla claro? No estaba para buscar criminales del alma; para eso estaban los curas y bastante trabajo tenían, según pregonaban a voz en cuello, todos los días domingos en la iglesia donde él iba, más bien a la fuerza que por fe. Su mujer y sus hijos le imponían la pesada carga, cuando su mayor deseo era leer el periódico a esas horas de la mañana, como varios de sus colegas o amigos. ¡Qué buen periódico se lee a esas horas! Se siente el olor a tinta y las noticias estúpidas no lo parecen tanto. Cuando leyó tres domingos atrás el crimen que se había cometido en el pequeño pueblo de Ludensch, durante el carnaval, no se imaginó que le tocaría a él el caso. Ya tenía bastante trabajo y el Procurador General no le iba a entregar otro caso más. Se equivocó, pues el lunes en la mañana fue eso, lo primero que le comunicaron. No tenía mayores antecedentes, salvo lo que decía la prensa. Hablaba de una mujer de edad y de un sujeto con rasgos extranjeros. Lo que más le impactó fue aquella parte donde decía que la víctima recibió ocho balazos, siete de ellos innecesarios, puesto que estaba muerto al primero. La autopsia que le entregaron le confirmó la noticia del periódico. ¡Qué desperdicio de

balas! Los impactos le entraron por uno de los ojos; en el vientre; otro le voló la tapa de los sesos; dos cercenaron una costilla; un sexto le entró entre las piernas, destrozándole un testículo y el pene y dos más, como una sola flecha, le perforaron la carótida. Ramírez comenzó a botar sangre como una regadera de jardín y cerca de dos litros corrieron por las tablas de la sala, metiéndose entre ellas. Una alfombra artesanal, muy pequeña, aún estaba dura cuando el fiscal la vio en las oficinas de los peritos. Era la segunda vez que el Fiscal leía noticias policiales por hechos ocurridos en el mismo pueblo; sabía la relación que existía entre ambos crímenes. Seguro que Elder trataría de vincularlos para obtener la absolución de su cliente.

-¿Podría usted, señora Folk, explicar a los señores del jurado qué ocurrió ese día del crimen? –dijo Keller, agregando –prometo no interrumpirla, salvo para reafirmar algunos hechos que me parezcan de interés.

Marien Folk se dio cuenta que había llegado la hora de la verdad. Sentía que era más difícil explicar, que matar a un hombre. Quería estar lo más tranquila posible. No derramaría ninguna lágrima; así se lo propuso el día del homicidio. Pero sus fuerzas empezaron a fallar. ¿Cómo decir que sintió placer sin que ello la perjudicara? ¿Entenderían las personas del jurado? Cumplió dentro de lo que pudo. El recuerdo de los días previos al crimen aún estaba frescos en su memoria. Nunca había estado tan feliz. Quizás demasiado, como si ello fuera una premonición de lo que acontecería después.

- Señores abogados, antes de escuchar el testimonio de la acusada, el Tribunal decreta un receso de tres horas –dijo el Magistrado Harnecker.

Todos se pararon de sus asientos cuando el juez se retiraba. La señora Marien volvió a ingresar por la puerta lateral, custodiada por los dos guardias. El Fiscal Keller y el abogado Elder se dirigieron hacia la salida. El público abandonó la sala y ésta quedó en penumbras al apagarse las luces de neón.

Frank Elder tomó su abrigo y su estómago le indicó que era necesario comer algo. Tres horas seguidas era demasiado tiempo, Encaminó sus pasos a la cafetería de la Corte pidió una sopa y algo de carne. Mientras esperaba que le sirvieran, su mente se transportó por los campos de Alemania tan conocidos por él. Se vio cuando niño, jugando con otros muchachos y recorriendo cada una de las pequeñas y polvorientas calles del pueblo de Ludensch. Recordó que su padre había tenido una estancia allí y que varios veranos los pasó en dicho lugar. Corrió por los campos persiguiendo los pájaros, se bañó en el río que pasaba por el lugar y se hartó de fruta. Se hizo amigo de todos los campesinos de la comarca y en muchas casas estuvo comiendo las tartas de manzana que preparaban como en ningún lugar. En una de esas casas conoció a la señora Marien Folk. Le parecía extremadamente vieja, como le parecen a todos los niños las personas que tienen más de treinta años y menos de cuarenta. Los de más de cuarenta ya son unos ancianos. Sus diez años de edad le permitían hacer esas disquisiciones de longevidad. Nunca pensó que treinta años después la vería en circunstancias tan distintas. La señora Folk vivía con su marido, que era empleado del Municipio local y ella se dedicaba ya en ese tiempo, a hacer unas figuritas que vendía a los

que pasaban por el lugar. Le contaban historias de la guerra y de cómo un gato que estaba enterrado en el patio fue herido en combate, aunque nunca supo quién había sido el causante de la pérdida del ojo. El puente había sido reemplazado y ahí se iba Frank todas las tardes a pescar. La casa de la señora Folk quedaba a las afueras del pueblo, donde comenzaba la montaña que tenía alrededor de tres mil metros de altura, llena de bosques y de selva. Una vez, junto a otros niños, sólo pudieron llegar hasta unos mil metros. Por el lado contrario era imposible bajar pues estaba cortado a pique. Tampoco era posible descender por los costados, puesto que los matorrales impedían la bajada y por el lado contrario se encontraba, a los pies de la montaña, el río caudaloso que pasaba por el pueblo. Únicamente tenía una subida y por ahí mismo se debía bajar, para caer directamente al patio trasero de la casa de la señora Folk. Evocando aquellos tiempos y aquellos lugares, que ya hacía mucho tiempo que no visitaba, sus pensamientos volvieron al presente y relacionó una cosa con la otra. Rememoró con toda claridad el día que subió a la montaña; recordó el pequeño sendero que llegaba hasta menos de la mitad. ¡Qué fácil era esconderse en la montaña! Si alguien pretendía buscarlo, perdería su esfuerzo. Eso debió ocurrir días atrás. El sabía que al meterse en la montaña sólo se podía descender por el patio trasero de la casa de la señora Folk. ¡Qué importante era para la señora Marien esa montaña! Fue tan importante que si no hubiera sido por ella, no se encontraría su defendida en el estrado de los acusados. Dejó sus pensamientos y comenzó a comer. Miró su reloj y vio que ya era hora de volver al Tribunal.

La señora Marien fue trasladada a una habitación que había detrás de la sala de audiencias. Quedó sola con sus pensamientos y con su cuerpo. ¡Qué vieja se sentía! Nunca le había pasado una cosa así. Desde niña se levantaba muy temprano para ayudar a su madre a encender el fuego de la cocina. Todos los días hacían pan y tartas de manzana. Después, ya casada, siguió haciendo las mismas labores. Solamente cursó la educación básica pues su padre no era partidario de que una mujer se mezclara con estudiantes varones. Le habría gustado ser enfermera, más no pudo cumplir sus sueño. Sin embargo, cuando cumplió veinticuatro años conoció a Fritz e inmediatamente se enamoró de él, olvidándose de sus aspiraciones de ser enfermera. Al año se casó con él. No tuvieron hijos, pero fueron muy felices, sobre todo, los últimos años de su vida. Si Dios no quiso darles hijos, ello no fue obstáculo para que no los tuvieran, como así efectivamente ocurrió. Si bien no pasaron por su vientre, era como si hubieran pasado. No pudo verlos crecer en su niñez, los vino a tener cuando ya eran niños en edad escolar. Tuvo grandes dificultades para hacerse entender con ellos, pero como eran muy inteligentes, pronto entendieron todo y fueron muy buenos alumnos en la escuela. Después, ya como a los diecisiete años se marcharon a la ciudad a continuar sus estudios en la universidad. Querían ser como su padre, abogado, y en eso estaban cuando pusieron fin a su carrera. Todo el pueblo los quería porque eran muy serviciales. A todo el mundo saludaban y ayudaban en lo que se les pedía. Estaban agradecidos de todo, y a ella, especialmente, la querían con un amor infinito. Eran mellizos. Tenían la piel oscura, el pelo negro y unos grandes ojos cafés. Mareen supo de los muchachos por una noticia del periódico.

Convenció a su marido que fuera a la ciudad. Ese día caía la nieve con mucha fuerza. Se levantaron temprano para tomar el primer tren a Colonia. Llegaron como a las diez de la mañana y se dirigieron directamente al orfanatorio. Pidieron hablar con la monja superiora y cuando ésta los recibió le formularon su petición. Sor Herlen miró a ese par de ancianos, fuertes, ágiles, decididos, cariñosos y tiernos y no puso problemas para que Marien y Fritz salieran con los mellizos destino a Ludensch. En realidad, para Sor Helen era la mejor solución, pues su establecimiento estaba lleno de niños abandonados o sin padres. Pudo hacer exigencias o al menos averiguar qué clase de personas era esa pareja de ancianos, pero le bastó mirar a sus ojos para descubrir que destilaban bondad por todos los poros de su piel. ¡Con quién más iban a estar mejor los mellizos Godoy! Pidió a una madre que trajera hasta su presencia a Carlos y Roberto. Llegaron los niños, entre temerosos y tristes. Se sentaron en un rincón de la habitación y la superiora, en perfecto castellano, les dijo que las personas que estaban ahí querían que ambos se fueran a vivir con ellos. Que era buenas personas y en ningún lugar estarían mejor que en su hogar. Que la desdicha que pueda acompañar a algunos, es transitoria, que la mano del Señor siempre se tiende sobre los desvalidos y que nadie es tan desgraciado en la vida como para no tener alguien en quién confiar y a quién amar. Que por el hecho de ser hombres debían tener más entereza y fortaleza y que el transcurso del tiempo borraría todo vestigio de la gran desgracia. Les ordenó que fueran a su habitación a buscar sus cosas, pues saldrían esa misma mañana con destino a Ludensch, pequeño pueblo donde encontrarían la felicidad y la tranquilidad del alma, todo con la ayuda de Dios. Por

último, les nombró a sus nuevos padres y confió en que pronto aprenderían a expresarse correctamente en alemán. Que si bien eso era difícil, ellos eran unos niños inteligentes capaces de dominar el idioma en poco tiempo. Cuando terminó de hablar, les dijo “adiós” en alemán y los mellizos se acercaron a besarla. Se le llenaron los ojos de lágrimas y no pronunció palabra. Recordó a los Folk, que los niños no tenían a nadie en el mundo, que debían cuidarlos y quererlos mucho. Que su patria estaba lejos, al otro lado del Atlántico y que era imposible que volvieran. Este sería su país y aquí harían su nueva vida.

-Edúquenlos, quiéranlos y ámenlos – dijo la monja.

Todo esto recordaba la señora Folk mientras esperaba que la llamaran. Se le iluminaron los ojos cuando sus pupilas grabaron nuevamente el instante en que salieron del orfanatorio con los dos niños. Se propuso con su marido mantener sus nombres, seguirían siendo Carlos y Roberto, así, en español. Ya lo habían aprendido a pronunciar cuando la madre los llamó. Tomaron cada uno las manos de los chicos y salieron al frío y la nieve. Aprovecharon de pasar a comprarles algo de ropa, pues en Colonia era más barata. Botas, abrigos de piel, guantes y gorros. Sin pronunciar palabra se encaminaron a la estación para tomar el tren de vuelta. Mientras viajaban, iban pensando cómo lo harían para que los niños los entendieran. En fin, eso sería poco a poco y hablándoles continuamente. Llegaron al pueblo cayendo la tarde. Se dirigieron a casa y Fritz metió leña en la cocina para encender el fuego. Les dijo a los muchachos que necesitaba leña y mostrándoles los palos, los llevó a la leñera, diciéndoles que trajeran cuatro de ellos; les enseñó cuatro

dedos de la mano, numerándolos en alemán y haciéndoles gestos con los brazos y palabras, llegando con dos cada uno. Marien les preparó comida y les mostró cuáles serían sus habitaciones. Dormirían separados, cada uno en su recámara. Era mejor así. Cuando los menores se acostaron y ambos ancianos los fueron a ver, ya estaban durmiendo. Se quedaron en la sala y Marien se sentó en su mecedora, tapándose las piernas con su frazada de siempre. Fritz, al frente, en una banqueta se acercó al fuego de la chimenea. Se miraron y dieron gracias a Dios por la suerte que tenían. Cuidarían, amarían y educarían a esos niños que ya eran los hijos que nunca tuvieron. Marien le dijo a Fritz que los niños irían a la escuela del pueblo y después a la universidad de Colonia. Les ayudarían en sus tareas escolares y estarían todo el día hablando, para que aprendieran luego el idioma. Se rieron al decir esto, puesto que, por lo general, no eran muy habladores. Todos los diálogos, si es que los había, pues presentían que al principio serían monólogos, se harían con abundantes palabras y más gestos, convirtiéndose ambos en verdaderos mimos. Fritz dijo que los latinoamericanos eran muy vivaces y que les costaría poco aprender. Tenía toda la razón, a los pocos meses Carlos y “Robegto”, como él y todos los del pueblo les llamaban, parloteaban como cualquier alemán.

Marien los vio crecer, engrosar y cambiar. Cada día se sentía más feliz de haberlos conocido. Ambos la querían como a una verdadera madre. Siempre esperaban que se sentara en su mecedora y se peleaban para traer la frazada que en las noches de invierno se ponía. Ayudaban a Fritz en las tareas de la casa y cuando estaban de vacaciones, lo iban a buscar al Municipio a la hora en que salía. Se

venían los tres por la calle principal, golpeando piedras al pasar y obligando a Fritz a correr. En cada carrera Fritz se sentía morir y llegaba a la casa a tirarse de cabeza a la cama. Mientras, Marien preparaba la cena y llamaba a todos a la mesa. Al año, la conversación era totalmente fluida, pero para hacerlos rabiar comenzaban a hablar en castellano, idioma que ambos no pudieron aprender, salvo para decir –te quiero, adiós, buenas tardes, o Carlos, pero siempre “Robegto”. Les decían papá y mamá, tanto en alemán como en castellano. Los ancianos ya sabían. Siempre se dirigían los muchachos a ellos de “tú”, pues esa era su costumbre. Les sonaba muy agradable al oído escucharlos hablar en alemán, con un acento distinto y metiendo entre palabra y palabra sonidos desconocidos.

La señora Folk miró la habitación donde se encontraba y recordó sus plácidos días posteriores a la muerte de su marido. Había permanecido junto a los chicos por espacio de cinco años. Los muchachos ya eran hombres de quince años, cuando un súbito ataque al corazón lo hizo desplomarse en la sala. Ella lo lloró por muchos días. Cuarenta y cinco años se habían acompañado mutuamente. Ahora quedaba en compañía de sus “hijos”, los que pronto se marcharían a la universidad y sólo vería en época de vacaciones. Así fue pasando el tiempo hasta que llegó el día en que se marcharon a Colonia. Cuando regresaron por primera vez, después de un año de estudios, sus personalidades habían cambiado notablemente. Hablaban en alemán, pero gran parte de sus conversaciones eran en español, y cuando así ocurría, ella notaba tal fuerza en la expresión de sus rostros que comenzó a tener miedo. Les preguntaba qué

conversaban y les pedía que lo hicieran en alemán para entenderles; ellos entonces se acercaban cariñosos y con dulces palabras.

-¡Mamá, tú no entiendes estas cosas porque no las has vivido...pero puedes estar tranquila..., nunca haremos algo que te cause daño! –le decían.

Ella se tranquilizaba y creía entender de lo que se trataba y por lo mismo, se le escapaba la zozobra del corazón. El momento en que verdaderamente empezó a preocuparse, fue cuando vio que, en primera página del periódico de Colonia, aparecían sus dos hijos al frente de una marcha de solidaridad por los perseguidos y presos políticos. Ahí si que tuvo miedo, pero le volvió la calma cuando Carlos y Roberto pasaron con ella los dos meses de vacaciones y no siguieron hablando en castellano. Creyó que se les había olvidado aquella efervescencia propia de la juventud. Así había sido ella también a esos años. Aún recordaba la vez que atravesaron las carretas en el camino público, impidiendo el paso de los vehículos, porque el jefe del Municipio se negó a aumentarles la cantidad de semillas que el Estado les entregaba gratuitamente. Se armó tal alboroto que dicho señor tuvo que ceder. Esa fue su primera y única batalla ganada en la vía pública. Años después, poco antes que comenzara la guerra, pretendieron hacer lo mismo, en compañía de su marido, pero el Jefe Municipal les aconsejó que no lo hicieran; les explicó que con las dictaduras no se podía andar con ese tipo de juegos, pues, sin mayores explicaciones mandan la tropa y al diablo con los revoltosos. A ella no le gustaba Hitler y le habría encantado poner sus carretas en el camino, como en los viejos tiempos, pero su

marido se lo impidió. La guerra le enseñó cuanta razón tenía el Jefe Municipal.

Esperó hasta la una de la madrugada y tomó la decisión de bajar. Ramírez con el mayor cuidado comenzó el descenso. Esa lucecita en la casa le indicó que había gente despierta. Además, sabía que en esa casa vivía absolutamente sola la señora Folk. Que era una anciana de bastante edad, casi inofensiva, por lo que podía dejar de lado el temor. Había tratado de bajar por el otro lado de la montaña, pero le fue imposible. ¡Maldita montaña! Se parecía mucho a las de su país, las que conoció cuando le había tocado estar en el interior. Una vez la cruzó en compañía de otros sujetos, por lo que sabía que el frío era intenso en las noches. Se rumoreaba, entonces, que podía ocurrir un conflicto con el país limítrofe y por ello lo mandaban continuamente a espiar. Era su trabajo y le gustaba. Después, lo cambiaron a otro puesto en la gran ciudad y sus labores fueron totalmente distintas, pero siempre de su agrado. Estaba hecho, o lo habían formado desde joven para cumplir todo tipo de tareas. Además, pensaba que estaba en lo justo, ya que lo primero era la patria, la seguridad, el deber, su bandera, la obediencia ciega y el menosprecio de otras ideas absurdas y negativas. Daría su vida si fuera necesario, pero sin cometer ninguna estupidez y llevándose al diablo por delante.

Lo habían buscado durante tres días y gracias a su entrenamiento no lo descubrieron. También sabía que estarían montando guardia en la noche pero no le sería difícil eludir el cerco. Lo que lo tenía

desesperado era el hambre y la sed. En esa montaña no había nada que comer. Debía bajar, saciar el apetito y después huir en la oscuridad de la noche. Le extrañaba que no lo buscaran con helicóptero. Al segundo día intuyó la razón. El pueblo quería tomar venganza por su propia mano. Ni el puesto de policía del pueblo había llamado a la ciudad para pedir refuerzos. Todos solidarizaron y se levantaron en armas en contra del intruso. Más fácil –pensó Ramírez. Estos tipos inexpertos en esta clase de cosas no serán enemigos peligrosos.

Ya estaba cerca del patio trasero de la casa de la señora Folk. Sacó el arma por precaución y esperó junto a la cerca por espacio de diez minutos. Reinaba el silencio más absoluto. Encaminó sus pasos hacia la casa y buscó la puerta trasera. Con gran sigilo cogió la manilla y comenzó a girarla. ¡Qué suerte!...La puerta estaba sin seguro. Entró a la pequeña cocina y se dirigió hacia la luz de la sala. Cuando viró por el pasillo vio la espalda de la señora Folk. Tomó con fuerza la pistola y apurando su paso, le puso el arma sobre la nuca.

-Señora, no se mueva ni haga ningún movimiento –dijo Ramírez.

-No se preocupe, puede guardar su arma. Sé que viene con mucho apetito y sed; ahí tiene en la mesa algo de comer –dijo Marien.

Ramírez miró la mesa y sobre ella había pan, queso, jamón y vino. Volvió su rostro nuevamente hacia la anciana y advirtió que sus piernas estaban tapadas con una frazada, la cual le llegaba hasta la cintura. Debajo de la frazada estaban también las manos de la señora. Soltó su arma, cogió un pan, lo abrió y le puso jamón y queso. Luego llenó un vaso con vino y comenzó a comer sin despegar sus ojos de la señora Marien.

-¿Por qué lo hicieron? –preguntó la señora Folk.

-Era necesario y útil.

-¿Usted sabe que eran la única esperanza de mi vida?

-Lo sabíamos, pero no nos está permitido tener licencias sentimentales, ellas son fatales en nuestra profesión. Mejor dicho, ninguno de nosotros las tiene, pues nos han enseñado por muchos años que éstas sólo son estupideces –dijo Ramírez, terminando de comer el pan y comenzando a prepararse otro.

-¿Eran tan peligrosos para vuestra seguridad? –pregunto Marien.

-Sí, potencialmente peligrosos.

Era tan fuerte la tensión en ese momento que ninguno de los dos reparó que estaban hablando en alemán. Tampoco le pareció extraño a la señora Folk, hasta ese instante.

-¿Dónde aprendió a hablar tan bien el alemán? –dijo Marien.

-En mi país hay muchos alemanes y mucha mezcla de razas. Estudié la primaria y la secundaria en un colegio alemán. Si no supiera hablar su idioma, no estaría en su país. Fue uno de los requisitos que se me exigió para llevar a cabo esta misión –terminó diciendo Ramírez, alzando su vaso de vino.

-Creo que todo está por terminar. Usted seguramente me matará, pero antes que ello ocurra quiero saber toda la historia –acotó la señora Marien.

-Sí, no tengo otra alternativa, debo matarla para asegurar mi huida.

-Estoy ansiosa –dijo la señora Folk.

Ramírez había entrado al ejército cuando tenía diecisiete años. Ahora bordeaba los cuarenta. Empezó como un simple Capitán,

posteriormente fue enviado al interior del país. Poco a poco fue ascendiendo y ahora era Coronel. Formaba parte de un grupo especial que perseguía implacablemente a los que el gobierno denominaba “subversivos”. Este término involucraba a todos aquéllos que hacían oposición a la dictadura. Podían, incluso, ser seres pacíficos que realizaban manifestaciones callejeras. Nada de eso estaba permitido, porque atentaba contra la seguridad nacional. Ni mítines, ni panfletos, ni voces de descontento, ni sindicalistas críticos, ni políticos que se protegían en su pasado prestigio, ni dirigentes estudiantiles, ni empleados de la administración pública renuentes a cumplir órdenes abiertamente ilegales. En fin, nada de nada. Todo aquél que estuviera en alguno de esos grupos era un subversivo.

Un año atrás se supo en la dirección de inteligencia del ejército, que en Alemania, dos muchachos llamados Carlos y Roberto Godoy, se habían convertido en los cabecillas de un movimiento que luchaba por los derechos humanos. Se logró infiltrar a un estudiante alemán en dicho movimiento; este sujeto pasaba toda la información a través de la embajada. Por él se tomó conocimiento de que propiciaban formar un tribunal que estaría compuesto por grandes personalidades de Europa, donde se juzgaría simbólicamente a todos aquéllos que, de alguna forma, hubieran participado en torturas, detenciones ilegales, desapariciones de personas, arrestos ilegales, asesinatos, amedrentamientos, etc. El gran número de exiliados políticos proporcionaría los nombres, grados dentro de las fuerzas armadas, lugares de detención o personas que dirigían las organizaciones represivas. Esta investigación podía llegar, incluso, hasta el Presidente. Inteligencia del ejército decidió que era necesario tomar

medidas drásticas y eliminar a los cabecillas, para disolver el movimiento.

Carlos y Roberto eran hijos de un importante personaje perteneciente a un movimiento extremista y terrorista, que había sido muerto en un enfrentamiento en su país, donde se encontraba con documentación falsa. También había caído la madre de los muchachos al resistir la detención. Inteligencia se olvidó de los niños, pues eran muy pequeños en esa época.

Tres meses antes mandaron a Ramírez, quien tenía muy buena pronunciación del alemán, a investigar en el terreno mismo cual era la forma más fácil de lograr el objetivo. En términos militares, “el teatro de la guerra”, a fin de lograr lo que se denomina, “los lomes”: libertad de acción, ofensiva, mantenimiento del objetivo y economía de las fuerzas y la sorpresa.

Supo Ramírez que el segundo sábado de febrero se celebraba en el pueblo una fiesta de antigua data. Era costumbre que los pobladores se disfrazaran con máscaras que les cubría todo el rostro. Empezaba en la mañana y terminaba por la tarde. Era una fiesta donde participaban desde niños en edad de caminar hasta ancianos. Cada uno pretendía mostrar la máscara más bella y entre todas, se elegía a las tres mejores, otorgándoles un premio importante a los ganadores. Ramírez decidió que ese era el día indicado para llevar a cabo la operación “limpieza”. No le sería difícil conseguir una máscara en Colonia, donde las vendían para los turistas. Tendría que ocultarse hasta que comenzaran a salir a las calles los lugareños. Nadie lo reconocería ya que estaba prohibido sacarse la máscara.

Regresó a su país con la información y se le ordenó que eliminara a los muchachos en la forma más rápida y silenciosa que se pudiera. Si era descubierto, le sería muy difícil abandonar el pueblo y si tenía que matar a dos o tres más, el resto de los habitantes haría justicia por su mano. Estaba seguro de ello. Ramírez les dijo que la mejor ubicación era la montaña, pues se encontraba a los pies de la casa de los Godoy. Desde media altura podría ver el tipo de máscaras que usarían y así tendría la identificación sin temor a equivocarse de víctimas. Dijo a sus superiores que estaría oculto en la montaña, a más tardar a las cuatro de la madrugada. Tomaría el tren que viene de Colonia y que pasa por el pueblo inmediatamente anterior, a las dos de la mañana. Caminando a paso rápido estaría en Ludensch, aproximadamente, a las cuatro. Cruzaría el pueblo con el mayor cuidado y se apostaría en la montaña a esperar el día. Estimó que no era necesario llevar un compañero; sólo tendría mayor facilidad de movimientos. Lo único que le preocupaba era quedar atrapado en la montaña, pues ésta sólo tenía una vía de acceso, ya que a un costado estaba el río y por el otro lado, era imposible transitar. Bajar por la parte contraria era total y absolutamente imposible. Ya se las arreglaría para evadir el cerco, si éste se producía. Se tenía mucha confianza y no era la primera vez que participaba en este tipo de operaciones.

Voló sobre el continente y después sobre el Atlántico. Desembarcó en Madrid y por tren arribó a Colonia la tarde del día anterior a la operación. Inmediatamente encaminó sus pasos a una casa comercial donde se vendían las máscaras. Compró la que le pareció menos llamativa y bonita. Se sonrió al pensar que le pudieran dar el primero

premio. En una bolsa metió la máscara, junto con la pistola calibre cuarenta y cinco, que había pasado a recoger a la embajada de su país. Las diferentes embajadas se convirtieron en el medio más fácil y expedito de que disponían los servicios de seguridad para llevar a cabo las operaciones que se les encomendaban.

Era la media noche cuando tomó el tren. Dos horas traquetearía hasta llegar al lugar donde debía descender. Iba tranquilo, seguro de sí mismo y dispuesto a cumplir su encargo con la mayor eficiencia. Repasó su vida pasada en aquellas dos horas. Recordó todo lo que le enseñaron en la escuela militar. Pasaron por su mente los profesores, los compañeros, la forma en que fue ascendiendo hasta llegar al grado que hoy tenía. Lo único que lo incomodaba era andar vestido de civil; no le gustaba sacarse el uniforme. Siempre le decían que vestido de militar se veía mejor y más alto. Eso le agradaba. Las materias que más le gustaban eran las de poder militar y geopolítica. Esta última se la comenzaron a enseñar desde primer año. En poder militar aprendió todos los conceptos que le podían servir en caso de conflicto externo, los que con una buena adecuación mental empezó a usar como medio para cumplir los objetivos de carácter interno que se le encargaban. Esta operación era uno de aquellos objetivos a llevarse a cabo a varios miles de kilómetros de su país... ¡Maldita sea!... pensó –hay que exterminar todo movimiento que socavara los pilares básicos de la democracia. Bastantes cursillos tomó sobre seguridad nacional, dejándolo convencido de que estaba en una causa justa. Lo intranquilizaba un poco el no poder determinar con exactitud cuál era el enemigo preciso; en fin, las diferencias filosóficas no eran muy importantes y sí lo era, el cumplir lo que se le ordenaba.

Puso ambas manos a los costados de sus ojos y acercó la cara a la ventanilla del tren. Ante su vista pasaron los bellos campos alemanes, todos cubiertos de la nieve. Se removió inquieto en su asiento y, recostándose en el mismo, volvieron a su mente los recuerdos. Era Mayor cuando decidió casarse. Su mujer era la típica hembra del hombre de armas. Que la fiesta, que el cóctel, que la reunión de oficiales, que las celebraciones nacionales, que los aniversarios de sus superiores. A todas partes con su mujer y siempre teniendo otros ojos encima, por si se le ocurría poner ilusiones en otra. Eso era fatal para la carrera. Se perdona todo, menos la imagen de la familia rota y cualquier traspie en ese sentido lo habría dejado a medio camino de su carrera. Tuvo muchas oportunidades, incluso mujeres de sus superiores, pero todas las desechó, pues le tenía mucho amor a su profesión. Prostitutas era lo más que se podía permitir y siempre en la forma más oculta posible.

Descendió del tren y un fuerte viento helado con nieve le golpeó el rostro. Salió de la estación en compañía de unas diez personas. Su entrenamiento le indicó que ninguno tenía el menor interés en él. Encaminó sus pasos por la calle principal hasta llegar al camino que lo llevaría a Ludensch. La noche estaba profundamente oscura y muy helada. Ya no nevaba, pero el frío le hacía sentir que la pistola llevada al cinto era un verdadero cubo de hielo. No pasaba nadie por el camino a esa hora. Eso le agradó. Cuando había caminado como una hora ya su cuerpo estaba caliente lo que le dio más seguridad y decisión. Sacó una pequeña botella que guardaba en su bolsillo, tomando un sorbo de licor. No le gustó mucho, prefería el de su tierra. Siguió caminando hasta que comenzaron a aparecer las primeras

casas del pueblo. Debía tomar sus precauciones ya que ahora entraba en acción. Sabía que entre las primeras casas todas alineadas una al lado de la otra, por la calle principal y la casa de la señora Folk, había más o menos unos quinientos metros. De la vía principal salían cada cien metros unas pequeñas calles laterales. El resto del pueblo estaba rodeado de verdes planicies, ahora cubiertas de nieve. Bajando por una de esas calles, cerca del torrentoso río, se encontraba una especie de parque con un frondoso bosque en su costado. Allí se reunirían todos los enmascarados a comer, beber y bailar. Era un buen lugar para cumplir lo ordenado. En fin, ya vería al día siguiente cuál era el mejor momento y cuál era el lugar adecuado.

Atravesó el pueblo silenciosamente y pasó por el frente de la casa de la señora Folk. Nada podía hacer en ese momento, pues Carlos y Roberto llegarían temprano en la mañana. Se dirigió hacia la montaña y a unos doscientos metros sobre el plano, se ocultó tras unos árboles a esperar que amaneciera y que la gente decidiera dar comienzo a sus festividades.

Despertó cuando oyó música y cantos, miró su reloj, este marcaba las diez de la mañana. Se despabiló y dirigió su vista hacia el bajo. El pueblo se veía precioso; todo blanco y unas doscientas personas vestidas de diferentes colores, llevando sobre la parte superior de su cuerpo unas hermosas máscaras, que representaban cabezas de animales extraños y exóticos. Una banda tocaba canciones típicas y cerca del bosque, a orillas del río, grandes parrillas y barriles de cerveza cubrían parte de la planicie. Se maldijo por haberse dormido y que hubieran salido de casa Roberto y Carlos, con lo cual la operación sería un absoluto fracaso, pues no tenía como identificarlos.

Decidió esperar antes de mandar todo al demonio. Pasaron largos treinta minutos cuando por el antejardín de la casa salieron dos personas enmascaradas. Detrás, veía a la señora Folk a la cual identificaba plenamente. Se veía que la señora no participaría en los festejos. Una de las máscaras era igual a las que se usaban en las fiestas religioso-paganas; dos grandes protuberancias le salían de la parte superior de la cabeza; era de color rojo y amarillo, con grandes ojos morados y una boca abierta en signo de exclamación, del tamaño de una mano. Por ahí bebían y comían los enmascarados. La otra, de color azul radiante, con pelos que le cubrían toda la parte trasera; ojos color verde y una boca roja. No olvidaría dichas máscaras y ya tenía a las víctimas al alcance de su objetivo. Bajó al valle y dirigió sus pasos por la calle principal hasta mezclarse con los demás participantes. Por las mirillas, ubicadas a la altura de los ojos, divisó a los futuros cadáveres bailando al compás de la música. Por las bocas de los participantes salía un vaho, que indicaba que el frío no había amainado. Hombres y mujeres vestían pantalones, por lo que era muy difícil determinar si al frente se tenía a una mujer o a un hombre. No importaba, cada cual bailaba como lo considerara mejor. Cada cierto tiempo se paraba la música y los enmascarados se acercaban a comer y beber. Los grandes barriles de cerveza estaban rodeados por una multitud de personas, que ponían sus jarros en la parte inferior para llenarlos. Eso le permitió más o menos determinar quiénes eran los hombres. En las parrillas, a fuego lento, había muchas salchichas, las que eran tomadas con la mano y metidas en un pedazo de pan. Más allá, fuentes inmensas contenían aceitunas y pedazos de queso. No perdía de vista a Carlos y Roberto y cuando alguien le buscaba

conversación, en el mejor alemán entablaba diálogo con el desconocido.

¿Cuál sería el momento propicio? Dirigió sus pasos hacia el bosque con un jarro de cerveza en la mano. Por su lado pasaron dos enmascarados riéndose y hablando a gritos. Se internaron en el bosque y Ramírez los siguió. Unos cincuenta metros más allá se arrinconaron contra unos árboles y echando el trasero hacia atrás bajaron sus manos para abrir el pantalón. Hicieron bromas acerca del inmenso chorro que les salió. Para no despertar sospechas Ramírez hizo otro tanto. Se imaginó que se le iba a partir en pedazos el pene cuando lo sacó al aire... ¡Genial, ese era el lugar apropiado!...Ya tendrían que venir Carlos y Roberto a evacuar sus cervezas. Regresó al lugar del carnaval y tensó todos sus músculos. Lo hacía cada vez que estaba cerca de matar a un hombre. No eran los primeros e imaginaba que tampoco serían los últimos. Disimuladamente tocó la pistola que portaba en una sobaquera especial para ocultar el bulto. Estaba con una bala en la recámara y con el silenciador puesto. La punta de éste le molestaba en la cintura. La música rítmica invitaba al baile y tomado de la mano de un enmascarado se integró a un rueda comenzando a girar e imitando los movimientos de las piernas de los demás, se olvidó por un momento de los hermanos. Cuando se encontraba de frente al bosque advirtió que Carlos iba hacia su interior. Una vez que dio la vuelta y estando en la parte más cercana de la entrada, soltó las manos de sus compañeros y comenzó a ingresar por entre los árboles. Apuró el paso y miró hacia atrás por si venía alguien. A nadie más le habían dado ganas de evacuar. Mientras caminaba, abrió los botones de su chaqueta de cuero y

metió la mano para coger la culata del arma. Caminó los mismos cincuenta metros que había andado antes y vio a Carlos que se encontraba con las piernas abiertas en actitud de orinar. Ramírez lo tenía a cinco metros de distancia y su pistola ya estaba totalmente fuera. Al avanzar un metro más, pisó una rama, la que crujió con el peso de la bota. En ese momento Ramírez concentró todos sus sentidos en lo que debía hacer. Carlos volteó su cabeza y en ese momento Ramírez apretó el gatillo. Lo pulsó tres veces. La primera bala se le metió a Carlos justo en la cintura, con lo que sus manos fueron al lugar del impacto. Al hacer esto sus pantalones cayeron al suelo y quedaron al descubierto sus nalgas. La segunda bala perforó el muslo y un chorro de sangre escapó por el orificio. La siguiente bala impactó en el pecho de Carlos, ya que su cuerpo había girado, quedando de frente a Ramírez. Al recibir el balazo en el pecho se fue hacia atrás, golpeándose contra el árbol. Su cuerpo se deslizó por el tronco y tomó contacto con el suelo. Cuando su cabeza golpeó en la nieve, ya estaba muerto.

Ramírez iba a guardar su arma, cuando sintió un fuerte impacto sobre su brazo derecho, dejándose totalmente dormido. Sintió que la mano se le dormía y tuvo que soltar la pistola. Su pie derecho tropezó con el izquierdo y cayó al suelo. Giró su cuerpo sobre sí mismo y por entre la maldita careta vio que Roberto, sin máscara, levantaba un grueso palo para darle otro golpe. Cuando éste bajó el palo, ya Ramírez no estaba en ese lugar. Flexionando ambas piernas, se levantó y con la mano izquierda sacó su cuchillo de combate. Ambos hombres quedaron frente a frente. En esa posición Ramírez tenía más ventaja, aunque tuviera que usar su brazo izquierdo.

Enérgicamente se desprendió de la careta y cuando Roberto echó el palo hacia atrás para propinarle otro golpe, Ramírez se agachó y alzando como pudo su brazo derecho semidormido, golpeó en la axila a Roberto y metiendo las piernas entre las de aquél, lo obligó a encogerse. Entonces Ramírez hundió el cuchillo en el estómago. Lo sacó con fuerza y lo volvió a hundir. Había perdido el control y su espíritu belicoso y agresivo, de enseñanzas y placer, salió a flor de piel. Sujetó a Roberto con la mano derecha y el afilado cuchillo lo cargó contra sus testículos y lo hizo resbalar hacia arriba, rajando pantalón y pene. Cuando la víctima iba cayendo cruzó su brazo izquierdo hacia el lado derecho y violentamente lo regresó a la altura del cuello de Roberto, cargándolo allí para pasarlo por la carótida, la que cercenó medio a medio. Un chorro de sangre salió de la boca de Roberto, que al terminar de caer al suelo se esparció por su cara y ropa. Del bajo vientre brotaba la sangre como de un manantial. Rápidamente y aún con la respiración entrecortada, cogió a Roberto y lo arrastró por entre el bosque como a veinte metros más adentro. Regresó por Carlos y lo puso al lado de su hermano. Le retiró la máscara a este último y la aplastó contra el suelo. Corrió a buscar la otra careta e hizo lo mismo. Con ramas y nieve tapó a ambos hermanos. Regresó al lugar del ataque y se puso su máscara. Salió del bosque y fue hacia el barril de cerveza. Llenó un vaso y se lo tomó de un sorbo. ¿Qué hacer ahora? Si abandonaba el lugar rápidamente podría despertar sospechas. Prefirió esperar. Sabía que en toda operación hay imponderables que no son posibles de prever. Es aquel mínimo porcentaje de suerte o casualidad.

Si a uno de los enmascarados no le hubieran caído mal las salchichas y la cerveza, nada habría ocurrido. El enmascarado, (Peter le dijo la señora Folk que se llamaba), sintió unos deseos irreprimibles de defecar. Eran tantas sus ganas que no creyó poder alcanzar su casa. Ingresó al bosque y llegó al lugar donde todos orinaban. Se internó veinte metros más allá, maldiciendo su mala suerte, pues se le congelaría hasta los testículos cuando se bajara los pantalones. Pisó la nieve acumulada y buscó el mejor lugar donde nadie pudiera verlo. Ya sentía que el excremento salía por entre sus piernas. Apuró el paso y rápidamente se bajó los pantalones. Se agachó y cuando expulsó todo, una sensación de felicidad lo embargó. Movié sus ojos de un lado hacia otro y cuando estiró su mano para coger unas hojas, con el objeto de limpiarse, éstas arrastraron unas ramas. Primero el viejo Peter divisó un pie. Abrió sus ojos con espanto y subió sus pantalones, olvidándose que no se había limpiado. Abrochó el cinturón y escarbó entre la nieve y las ramas. Aparecieron los dos cadáveres.

-¡Robegto y Carlos!...-exclamó el anciano. Corrió lo más que pudo y salió del bosque gritando.

-¡Mataron a Robegto y Carlos!... ¡Mataron a Robegto y Carlos!...

La música impidió a los más cercanos a la orquesta escuchar los gritos de Peter.

...¡Alto la música!... ¡Alto la música!... –corriendo hacia la orquesta y tomando al trompetista de la manga. La música se detuvo y volvió a repetir.

-¡Mataron a Robegto y Carlos!...

Ramírez ya estaba totalmente alerta y dispuesto a llevarse por delante al que fuera, si era descubierto. De pronto sintió que una voz ronca y gruesa gritaba.

-¡Sacarse las máscaras!

Ramírez se dio cuenta que sería descubierto. Rápidamente se fueron sacando las máscaras y comenzaron a mirarse unos a otros. Primero, unos poco lo miraron con extrañeza. Luego diez, quince, cincuenta, cien o doscientos. Era el único desconocido. Empezó a retroceder y por el rabillo del ojo vio a un poblador huir por el camino lateral. Era tarde para detenerlo. Metió su mano bajo la chaqueta de cuero y sacó su arma. Un alemán de cerca de dos metros pretendió irsele encima y cuando venía en su contra como una locomotora, le descerrajó un tiro en el centro del pecho. La bala no hizo sonido alguno. Todos se quedaron perplejos y no hicieron ningún movimiento ni siquiera cuando el alemán cayó al suelo.

-¡El primero que se mueva es hombre muerto! –gritó Ramírez para hacerse oír.

Retrocediendo de a poco ingresó a la callejuela lateral y a treinta metros del más cercano comenzó a correr. Llegó al camino principal y enfiló su carrera hacia la salida del pueblo. No había avanzado más de cincuenta metros, cuando desde una de las casas salió el sujeto que antes había escapado por la callejuela. Llevaba una escopeta de dos cañones en su mano y cuando Ramírez, a ochenta metros le apuntó y disparó, el viejo accionó el primer cañón y una lluvia de perdigones le golpeó en el cuerpo, los que no le hicieron daño, por la distancia. Corrió en sentido contrario y pasó frente a la casa de la

señora Folk. Comenzó a subir la montaña. Se terminó el camino de acceso y siguió subiendo hasta alcanzar la cima.

-Esa es toda la historia, señora Folk –dijo Ramírez, tomando un nuevo vaso de vino. Me he pasado tres días en esa maldita montaña, esperando que subieran a buscarme; sabía que era difícil que me encontraran. Todo era cuestión de esperar para poner las circunstancias a mi favor. Ya me moría de frío, de hambre y de sed. ¿Sabe? –Agregó- tengo curiosidad por saber... ¿por qué no avisaron a la ciudad para que mandaran más policías o tropas?

-El pueblo acordó que no esperaríamos que le siguieran un juicio o que lo bajaran muerto de la montaña; nosotros nos encargáramos de hacer justicia. A la salida del pueblo hay pobladores que hacen guardia día y noche esperando por usted. Los policías del pueblo accedieron y cuando lo matemos, entregaremos su cadáver al consulado de su país en Colonia. Que todo el mundo sepa la clase de individuos que son ustedes –respondió la señora Folk.

-Difícil, muy difícil –dijo Ramírez, sonriéndose a continuación... ¡Tendrían que ser brujos para evitar que escape!...-No olvide que soy un profesional y ustedes unos simples aficionados. Con comida y bebida en el cuerpo soy un zorro y por donde menos se lo piensen me hago humo de este lugar.

-¿Eran tan peligrosos mis hijos para que fuera necesario matarlos? –dijo Marien.

-¡Usted no entiende nada anciana!... ¡Eran enemigos potenciales del sistema! –casi gritó Ramírez y agregó –Si se juntan todos esos malditos comunistas, los demócratas retrógrados, los políticos

desplazados, los exiliados, los intelectuales de izquierda, los snob de las clases desposeídas, los gobernantes influenciados por las mentiras, los calumniadores profesionales, las viejas lloronas por la pérdida de sus familiares... ¡Que bien muertos están!... y cabecillas como sus hijos adoptados, se forma tal alboroto internacional que no sólo pelagra el país en las negociaciones con los acreedores, sino que también se derrumba todo el aparato gobernante, produciendo efervescencia interna que nos puede llevar a matar mucha gente... ¡Son los comunista, señora!... –nosotros evitamos que eso ocurra, para que haya tranquilidad social y orden, con el objeto de que nuestros hijos puedan vivir en paz... ¿jentiende ahora, vieja idiota!?

-Si, dijo la señora Folk. –Recordó que cuarenta años atrás había escuchado las mismas arengas y había conocido, muy al pasar, a gente que se expresaba así. Su marido decía, pues era más culto que ella, que la historia se repite, aunque cambie de escenario. Es que el hombre es la única bestia que habla.

-¿Sabía usted que lo estaba esperando? –agregó la señora Folk.

-¿Esperando?... No la entiendo, a lo sumo suponía que podía pasar por su casa dada la cercanía con la montaña...pero esperando, lo encuentro casi ilógico.

-Sí señor Ramírez, lo he esperado tres noches para que me cuenta toda la verdad –dijo la señora Marien.

Ramírez se limpió la boca con la punta del mantel. Instintivamente pasó la mano por la mesa y esparció las migas lejos de su cuerpo. Bebió el último vaso de vino y encendió un cigarro. Aspiró con ansias el humo de la primera bocanada y lo expulsó bruscamente hacia el lugar donde se encontraba la señora Marien.

-¿Sabía usted señora que el mejor cigarro del día es el que se fuma antes de partir a algún lugar?... ¿Quiere?... Porque usted va de viaje, señora Folk –dijo Ramírez

-No fumo ni voy de viaje, señor Ramírez -respondió medio ronca la señora Marien.

Ramírez se levantó de su silla y soltó los botones de su chaqueta de cuero. Al costado izquierdo tenía la sobaquera. Cogió la pistola de la mesa y pasó una bala al cargador. Su cara hasta ese momento casi simpática, se transformó. Sus labios formaron una sola línea y sus ojos se hicieron más pequeños. Caminó dos pasos y se instaló frente a la señora Marien poniendo sus pies sobre la pequeña alfombra. Bajó la vista y le susurró.

-¿La hizo usted? –muy bonita.

La señora Folk supo que había llegado el momento decisivo. Era aquel segundo preciso en que las personas se ven enfrentadas a esa nube tenue que se forma con la niebla y donde no se distingue el contorno preciso de las figuras humanas. Recordó que una vez Carlos y Roberto dejaron de hablar en castellano cuando vieron que la señora Folk se ponía a tiritar, especialmente su mentón. Notaron que estaba muy asustada y así efectivamente era. Se acercaron a ella y le pidieron disculpas. Que no volverían a hablar de sus cosas sin que los entendiera. Pasó por la mente de Marien aquella escena de dos años atrás y se dijo que la mejor forma de hacer creer a Ramírez que estaba atemorizada, era haciendo temblar su labio inferior. Ahora no tenía miedo, al contrario, se había convertido en una verdadera profesional y eso no lo sabía Ramírez.

Miró fijamente a aquél y cuando lo empezó a tratar de “tú”, él se sorprendió.

-Ramírez... has pasado por este lugar, tan alejado de tu tierra, sembrando destrucción y muerte. Has conseguido que pacíficos ciudadanos se convirtieran en verdugos y que personas que tenían absolutamente olvidadas las escenas de la guerra vuelvan a empuñar las armas para aniquilar al ejecutor de diabólicos designios. Lo que representas y representarás siempre será recordado. Tres personas han muerto. Quizás cuántas más morirán y quizás cuántas más han muerto. Eres como una de las mil cabezas del monstruo, que cuando se elimina una siempre aparece otra. Tienes en la sangre pólvora, metralla, dinamita, odio, desprecio, burla y escarnio. Tu cuerpo está podrido de ideas, sentencias, palabras, enseñanzas, alabanzas. Tus ojos reflejan banderas, estandartes, marchas, aniversarios. Tus manos se han convertido en las formas gráficas de la exterminación. Tienes metido en tu corazón la llama humeante de las ideas maléficas. Tus brazos son los largos brazos de la soberbia y la impunidad, porque tú no mandas, sino que cumples lo que te ordenan, pues los que ordenan, nunca ellos cumplirán el encargo. Son demasiado cobardes para ejecutar, por su propia mano, lo que desean. Para eso tienen individuos que están obligados a pensar por ellos y a transformar sus extremidades en largas varillas de pesadilla. No te has dado cuenta que los que ordenan no se mueven de sus asientos pero sus brazos cruzan el océano, incursionan en tierra firme, atraviesan campos y montañas, llegan a pueblos y ciudades, se bajan de aviones, de trenes y sus manos se cierran sobre armas, explosivos, metralletas y con un simple movimiento del índice, cumplen su objetivo. Tú no eres tú, eres

el brazo de aquél, la cabeza de aquél, los ojos de aquél, la boca de aquél; cuando decidiste casarte, él se casó por ti; aquél hizo un trabajo tan bueno contigo que nunca te has dado cuenta que ni siquiera tienes pensamiento propio. Siempre obedeces lo que te ordenan porque en tu medio la obediencia es el signo más patente de tu debilidad. No te revelas porque gozas siendo así. No tienes valores del bien o del mal y eres tan terrorista como los que secuestran aviones, ponen bombas en los aeropuertos, asesinan personalidades, producen calamidades públicas, roban, matan y juegan con el hambre y la miseria de los pueblos... ¡Eso eres tú Ramírez!...terminó la señora Folk casi gritando.

-¡Bravo, bravo, bravo!...-dijo Ramírez –creí que no era capaz de hablar,-¿Sabe?...-Me da igual lo que usted piense de mi. Cumplo lo que se me ordena...Es su vida o la mía. Adiós señora Folk.

Ramírez apuntó a la señora Marien. En ese momento se sintió un fuerte estampido y por debajo de la frazada salió una llamarada, perforando la lana y dejando los bordes negros con la pólvora. La bala le entró a Ramírez directamente al corazón dejando un boquete en su chaqueta de cuero. Sus ojos se abrieron desmesuradamente llenos de terror y miedo. Se sintió morir en ese mismo instante. Su cuerpo golpeó contra la chimenea y sus rodillas se doblaron terminando por apoyarlas en la pequeña alfombra artesanal. Su boca se abrió tratando de tomar aire. Quedó en esa posición por breves segundos, los suficientes para que la señora Folk se levantara de su mecedora y apareciera en su mano una pistola. La tomó con ambas manos y apretó el gatillo nuevamente. El proyectil se metió por un ojo de Ramírez dejando un hoyo negro. Su cuerpo, incomprensiblemente, se curvó hacia delante. El tercer impacto lo apuntó hacia el bajo vientre y

se introdujo entre sus piernas, despedazando testículos y pene. Aún quedaban balas en el cargador. Volvió a apretar el gatillo y una más le voló la tapa de los sesos. Como en cámara lenta la señora Folk vio como la sangre salía lentamente de los orificios. Otro disparo sobre el pecho y otro más, hasta agotar las balas. La habitación se llenó del humo de la pólvora, mezclándose el olor de ella con el olor de la sangre, las vísceras y la carne quemada. Una masa sanguinolenta comenzó a salir de la cabeza y la sangre corrió por la alfombra empapándola completamente. Los espacios que quedaban entre una y otra tabla del piso recibieron el exceso de sangre.

La señora Folk miraba el cadáver con ojos firmes. Ni un músculo de su cara se movió. Bajó su mano derecha y soltó el arma, luego las entrelazó y las puso junto a su boca. Sintió unas náuseas que le subían, pero tragando saliva las evitó. Se tapó la nariz con una mano y con la otra se alisó el pelo. La mecedora aún se movía acompasadamente. Sintió frío, mucho frío. Estaba cansada. -¡Carlos, Robegto!... ¡Dios me perdone!...-exclamó.

Cuando salió de la casa ya muchos vecinos venían hacia ella. Les señaló el interior y sin decir palabra alguna fue al puesto de policía y se entregó.

Eran aproximadamente las quince horas cuando volvieron todos a la sala de audiencias. La última en ingresar, esta vez, fue la señora Marien. Se la veía cansada y tensa.

-¡Todos de pie, en el nombre del Señor se abre la sesión!

El Fiscal Keller se dirigió nuevamente al estrado de los acusados mirando fijamente a la señora Folk.

-Antes de que se suspendiera la sesión le había consultado si era posible que nos relatara qué ocurrió el día del homicidio –dijo el fiscal.

La señora Folk supo que había llegado el momento y en una nube de recuerdos, decisiones, cortes de palabras, asombro de los que escuchaban, ira de otros, lágrimas retenidas, estupor, asco, desprecio de algunos, terminó dos horas después de relatar lo acontecido. Durante ese lapso de tiempo se podía sentir el raspado de los zapatos de la señora Folk cuando cambiaba la posición de sus pies. El juez Karnecker carraspeaba de vez en cuando para ocultar la emoción que lo embargaba. Keller metía y sacaba las manos de los bolsillos de su saco y se las pasaba por las piernas para secar la transpiración. El único que mantenía una calma burlona y complacida era el abogado Elder, quien no abrió su boca durante todo el relato. Mejor dicho, nadie interrumpió a la señora Folk. No era necesario. Cada uno, a medida que la declaración continuaba, grababa en sus retinas el lugar, los personajes y lo que se dijeron. Hasta sentían en su nariz el olor que despedía el fuego de la chimenea de la casa de la señora Marien. Cuando terminó, levantó su cabeza y miró desafiante a la concurrencia.

-Ninguna pregunta Su Señoría –atinó a decir Keller. No era necesario.

Cuando el jurado volvió a la sala, después de deliberar, el presidente se dirigió al juez Karnecker.

-El jurado por la unanimidad de sus miembros considera a la acusada inocente de los cargos de homicidio.

La señora Marien se levantó de la silla y se dirigió hacia su abogado al cual abrazó, comenzando a llorar. A continuación se desmayó.

Un año después del juicio, Frank Elder recibió un telegrama. Le pedían ir lo más pronto posible a Lundesch. Tomó el primer tren de la mañana y descendió en la estación. Varias personas lo esperaban y en una camioneta lo llevaron a la casa de la señora Folk. Todo el pueblo estaba reunido ahí. Por el camino le explicaron que la señora Marien había muerto ayer. Ella solicitó, cuando se sintió a las puertas de la muerte, que le avisaran a Elder. Sabía que él vendría. Ingresó a la sala y en el centro estaba el féretro. En una pared del fondo estaban las fotos de sus hijos y de la su marido. Quedó solo en la habitación. Miró el piso y aún estaba manchado de sangre. La alfombra no estaba. Avistó la mecedora arrinconada a una pared y sobre ella la frazada. La cogió y dándola vuelta vio el orificio que había dejado la bala. Le volvieron a la mente los días aquellos del juicio. El veredicto del jurado, los titulares de los periódicos, las entrevistas que tuvo que conceder. La vez que fue donde el Primer Ministro para leer una carta que había llegado por intermedio de la embajada de Ramírez.

“Nuestro Gobierno siente profundamente la ocurrencia de estos hechos. Desligamos toda responsabilidad en ellos. Ninguno de nuestros oficiales estaba autorizado para llevar a cabo una operación de este tipo. Nuestro conciudadano pertenecía a un movimiento paramilitar, ajeno a sus funciones oficiales. Realizó esos actos deleznable sin conocimiento nuestro y en el período en que se encontraba de vacaciones. Nuestro Presidente se encuentra consternado con estos sucesos. Ofrecemos las disculpas, exclusivamente, por tratarse de una persona de nuestra nacionalidad”.

Cuando le dieron a conocer esa carta, Elder profirió la carcajada más grande de su vida. Ello contagió al Primer Ministro y mientras iba por el pasillo de salida, aún sentía en sus oídos la risa de aquél.

Sus pensamientos se diluyeron cuando escuchó que afuera de la casa estaba tocando una orquesta. Salió y vio a todos los pobladores enmascarados y la banda interpretando las mejores canciones típicas de la región. Entraron seis enmascarados y sacaron el cajón. Elder fue tras el, delante de la orquesta. Doscientas personas los seguían. Se encaminaron al cementerio del pueblo sin que la música parara. Ahí estaba un pastor que dio los últimos responsos. Cuando estos terminaron, introdujeron a la señora Marien en la tierra, a su lado estaban sus hijos y más allá su marido. La música se seguía escuchando más fuerte aún y cambiando continuamente de melodías. Peter, aquél de las inmensas ganas de defecar, se le acercó sollozando y acercando su boca al oído de Elder, susurró imperceptiblemente.

-¡Ella lo quiso así!...se ha cumplido su última voluntad...para la mujer más valiente de este pueblo. Junto a ella se está enterrando el largo brazo de la soberbia y la impunidad.

Elder levantó su vista al cielo y agradeció a Dios la oportunidad que le dio de conocer a esa mujer.

Alejandro Ordenes Godoy